

El Salario del Pecado

Leon Morris

- Prologo
- Introducción
- Capítulo 1: El Enemigo
- Capítulo 2: El Imperio del Enemigo
- Capítulo 3: El Enemigo En La Batalla
- Capítulo 4: La Derrota Del Enemigo
- Conclusión

PROLOGO

Si tan sólo estuviéramos atentos a las corrientes de moda no publicaríamos este libro. La muerte, hoy, no es tema grato en los ambientes filosóficos y literarios. Aunque, como escribiera Salvador Pániker, “el hombre es, de entre todas las criaturas, el único que sabe que va a morir”, y de ahí que sea “el único que existe”, porque “existir implica autenticidad de no evadirse”; a pesar de ello vivimos un momento de alienación por lo que se refiere a esta importante y trascendental realidad humana.

Con certera precisión, Julián Marías ha señalado que “en los últimos años, en el decenio de los 60, acontece un cambio tan decisivo como inexplicable: la desaparición del tema de la muerte en el horizonte intelectual europeo. (En Hispanoamérica las cosas son parecidas; en los Estados Unidos no había acabado de penetrar, por motivos filosóficos, y más aún por el puesto que la muerte ocupa en la sociedad americana...) La filosofía más pública y notoria, la que parece gozar de vigencia, la que podemos llamar “filosofía oficial”, se ha desentendido de la cuestión de la muerte sin justificarlo.: simplemente la ha dejado caer. La literatura y el cine, también; pero esto tengo que explicarlo. ¿Cómo -se dirá-, si no se hace, en la ficción del último decenio, otra cosa que amar sexualmente y morir, si está toda ella dominada por la sexualidad y la violencia? Perdón, no se trata tanto de morir como de matar. ¿No es lo mismo, visto desde el otro lado? En modo alguno; la perspectiva de matar nada tiene que ver con la de morir; el que a consecuencia del acto en que se mata muera alguien, no quiere decir que la muerte como a tal aparezca y se manifieste. Más bien al contrario: la violencia descarta es muerte, la mecaniza, la reduce a un fenómeno físico, a lo sumo a un hecho biológico. La muerte personal -“mi” muerte, la muerte “propia”, “*dei eigene Tod*” de que hablaba Rilke- desaparece, sustituida por un proceso exterior. Cada vez más es la muerte, la muerte de cual quiera, algo que se reduce a cantidad y, correlativa mente, se despersonaliza: ¿Se comprendería de otro modo la increíble penetración de la aceptación “moral” del aborto en amplísimas capas de las sociedades de nuestro tiempo...? La muerte abstracta no es la muerte de nadie; en rigor, no es muerte: es eliminación, deshecho, quitar de en medio, “baja”, dato estadístico... -Naturalmente, la muerte es insoslayable, diríamos innegable; se impone a nosotros a toda hora; no es posible decir que no existe, que no “hay”

muerte -como sucede con otras realidades-; lo único que cabe es desvirtuarla, reducirla a otra cosa, despojarla de su carácter biográfico y personal”¹.

Los últimos en hablar de la muerte fueron los existencialistas (Heidegger, Jaspers, Marcel, etc.), uno de cuyos méritos fue dar la cara al problema de la muerte, no evadirse. En efecto, el existencialismo planteó este problema como uno de los más importantes -si no el más importante- de la vida, al reconocer su presencia constante en la existencia de los hombres. La muerte no es sólo la meta de un viaje, el punto de destino; es, sobre todo, nuestro acompañante perpetuo, desde el momento que nacemos hasta la tumba. Es así, porque vivir es también morir un poco cada instante; equivale a ser consciente de que, al existir, estamos., - paralelamente, muriendo con los ojos abiertos. La muerte se convierte de esta manera, para los existencialistas, en una realidad operante desde el interior de nosotros mismos. El existencialismo contempló al ser humano como lanzado .en is existencia y dirigiéndose, sin poder remediarlo, a un término concebido como naufragio total (cf. Heidegger, Sein and Zeit).

No basta con decir que la muerte es “natural” y que se da en el resto de la creación también: La tragedia de la muerte humana estriba en que es una experiencia consciente, en la que todos tendríamos que ser auténticos, y no alienados. De esta conciencia de estar en marcha hacia el naufragio total es de lo que nace la angustia y el sentido trágico de la vida (Unamuno); literariamente es la náusea, el sentimiento de la contingencia del mundo (Sartre).

No convence, pues, la moderna actitud de quienes afirman que la “obsesión” (?) existencialista por la muerte es un signo patológico y que da muerte no es un evento de la vida. Porque no se vive la muerte”. Nada más lejos de la verdad. Esta afirmación es tan gratuita como la que, al decir de Diógenes Laercio, hizo Epicuro: “La muerte no es nada con respecto a nosotros. Cuando existimos, la muerte no existe todavía; cuando la muerte se presenta, ya no existimos nosotros” Por desgracia, la muerte es un compañero de viaje .a perpetuidad, como ya lo expresó Kierkegaard; lo terrible de la vida es que, precisamente, presupone la existencia para experimentar la muerte; más aún: sin morirnos del todo, vivimos la muerte cada día un poco.

No convence la postura materialista que prohíbe hablar de la muerte: y sólo consiente en hablar de la vida; como si fuera posible esta última sin considerar aquélla. Según este punto de vista, el miedo a la muerte hubiera sido un instrumento de la alineación religiosa y, por tanto, un medio de explotación. No negamos las perversiones religiosas llevadas a cabo con el hecho de la muerte en ciertas formas corruptas de “espiritualidad” o religiosidad. Más, negamos la acusación cuando va dirigida al cristianismo, y sobre todo al cristianismo bíblico, que presupone y conlleva la liberación de todo escapismo. Es el materialista el que escamotea la realidad. Paradójicamente, el que más habla hoy de alienación resulta ser el gran alienado, ya que, como también escribiera Pániker, “tampoco puede desligarse el tema de la muerte del tema de la vida”, pues “existir implica la autenticidad de no evadirse”.

No es la primera vez que la muerte se retrae del horizonte, quedando relegada a un lugar marginal y distante. Tampoco será la última. Julián Marías afirma: “Sería posible reconstruir la historia... siguiendo el hilo del puesto que en cada caso ocupa la muerte. Lo que es nuevo es la

¹ La evaporación de un tema: El olvido de la Muerte, Por Julián Marías, “La Vanguardia”, 3 de marzo de 1973.

forma en que ahora se opera esa retracción, y más aún los motivos que llevan a ella ...; ¿cuál es su origen, qué impulsos sociales lo mueven o provocan? Yo creo que su primera raíz es el deseo de “despersonalización” que late más o menos oscuramente en muchos grupos contemporáneos, especialmente de aquellos que dominan gran parte de los medios de comunicación. Por extraño que parezca, la idea de “persona” -una de las cuatro o cinco grandes creaciones intelectuales de la Humanidad- tiene mala prensa, se la evita todo lo posible, se tiende a verter sobre ella connotaciones restringidísimas y poco atractivas, a vincularla a movimientos o grupos confinados y sin porvenir. Se evita la misma palabra y aun derivados, mediante extraños rodeos y paráfrasis”².

Con toda propiedad, podríamos referirnos a una conjura universal en contra del tema de la muerte.

Y, como señala el autor que acabamos de citar, en aras de la despersonalización, lo que es lo mismo que decir: de una alienación concreta. La más grave, quizá, porque tiene que ver con nuestra “autenticidad” más radical, aquella que los existencialistas, con junta razón, denominaron la verdad más real de la vida, aquella forma de realidad que tiene que ver con el hombre y que le corresponde en tanto que hombre. Claro que, como puntualiza igualmente Julián Mamas, la misma palabra “autenticidad” ha caído, asimismo, en desuso; es demasiado peligrosa porque va estrechamente vinculada a la realidad de la persona y muchos ven en ella, justamente, al enemigo.

“Si el hombre pretende ser auténtico –escribe el autor citado---, y aunque no lo consiga o tenga caídas eventuales en la falsificación, no se aviene a ser manejado, tratado como cosa, utilizado como un dato estadístico o como una “fuerza” histórica.”

Volver a traer el tema de la muerte es luchar por el hombre. Y esto vale la pena, aunque se denoste a Unamuno, se quite importancia a Camus y se considere el periplo vital de los existencialistas como casos clínicos y patológicos. Tendremos que contestar con palabras del mismo Unamuno:

“Y vuelven los sensatos, los que no están a dejarse engallar, y non machaconan los oídos con el sonsonete de que no sirve entregarse a la “locura” y dar coces contra el aguijón, pues lo que no puede ser es imposible. “Lo viril, dicen, es resignarse a la suerte, y pues no somos inmortales, no queremos serlo; sojuzguémonos a la razón sin acongojarnos por lo irremediable, entenebrecido y entristecido de la vida. Esa obsesión -añaden- es una enfermedad.” ¡Enfermedad, locura, razón ...! ¡Es estribillo de siempre! Pues bien, ¡no! No me someto a la razón y me rebelo contra ella y tiro a crear, en fuerza de le, a mi Dios inmortalizado y a torcer con mi voluntad el curso de los astros”

Los filósofos existencialistas cristianos demostraron ya que no es necesario -como creía Unamuno luchar contra la razón. Más bien, los que batallan contra ella son los grandes alienados modernos, propugnadores de la despersonalización y enemigos de la: autenticidad personal y humana. Pero quedan las palabras de Unamuno como testimonio de auténtica rebeldía intelectual y espiritual, aunque formulada muy a su manera.- “Hagamos que la nada, si es que nos está

² Op. cit.

reservada, sea una injusticia... Por que hay que creer en esa otra vida para poder vivir ésta y soportarla y darle sentido y finalidad” He ahí el verdadero problema: la muerte afecta a la vida. Buena réplica la de Unamuno a los materia mismos superficiales de toda especie.

Tampoco Camus se resignó: “Si Sartre lleva la razón ---escribió-, el único problema serio de la filosofía sería el suicidio” Meditar en el suicidio es ya una reflexión sobre la muerte y, por ende, sobre la vida. Si existimos para dejar de -existir, si somos para dejar de ser, para la nada; entonces, ¿para qué seguir viviendo? ¿Por qué no el suicidio ...? ¿Vale la pena seguir viviendo?

Vivir es estar muriendo conscientemente. ¿Por qué no acelerar el proceso? Esta es la angustiosa pregunta que nace de la aceptación consecuente del existencialismo ateo o agnóstico. Para eludirla, el materialista esconde su cabeza en la arena de los espejismos y cree así que la realidad no existe.

La actitud existencialista libera la vida de la superficialidad, pero no de la angustia. La postura materialista libra, aparentemente, de la angustia pero no de la superficialidad.

Como enseñó J. Denney: “La aserción científica de la necesidad natural de la muerte no es más que esquivar el problema. El hombre, suele decirse, tiene que morir, siempre tiene que haber muerto porque es un ser natural, sujeto a la ley natural y universal del nacimiento y de la muerte... Sin embargo, todo el fondo sobre el cual se apoya la doctrina bíblica nos enseña que el hombre no es simplemente un ser natural, sin otra perspectiva que la que aguarda a los demás seres meramente naturales. El hombre es un ser que, en su misma constitución, está dotado de una primacía sobre la naturaleza; está vinculado a Dios de manera tal que aparece específicamente distinto de cualquier otro ser natural”³.

Si la muerte pertenece a la realidad de la vida, hay que asumirla. Solamente así, como afirma J. Marías, el hombre “se mueve en el horizonte de la libertad, pretende ser alguien, y esto quiere decir alguien único, insustituible, por grande que sea su modestia. En una perspectiva humana que incluye la muerte, esta visión del hombre se impone y, por tanto, excluye otras. Mientras el hombre se vea como alguien que tiene que morir (y no simplemente extinguirse o desaparecer), se entiende como un quién proyectivo y responsable, como una persona y no una cosa, un organismo o un ingrediente social. Si no me engaño, ahí estriba la primera mitad de los motivos del actual olvido de la muerte”.

La superación de la angustia existencialista y de la superficialidad materialista se hallan en el concepto bíblico del hombre, de la vida y de la muerte. Roger Mehl lo ha expresado de esta manera: “Hablar de la vida y del sentido de esta vida, es hablar de nuestra muerte. La muerte forma parte, por definición, de nuestra existencia, no solamente porque ella constituye su límite, sino porque proyecta su sombra sobre la totalidad de nuestra vida. Tal es la verdadera situación del hombre. Se nos plantea, entonces, la cuestión: ¿Cómo puede vivir el hombre, ser dichoso, tener el sentimiento exultante de que es dueño de su propio destino, si sabe esta cosa absurda: que va a morir?” Para poder contestar esta pregunta hemos de acudir a la Revelación bíblica; ella nos da el sentido de la muerte, su significado, su naturaleza y sus consecuencias más profundas y, al hacerlo, nos ofrece igualmente el sentido de la vida y de nuestra condición humana.

³ James Denney, *Studies in Theology*, p. 98.

La excelente monografía del profesor Leon Morris -EL SALARIO DEL PECADO-, que presentamos a los lectores de la colección “Pensamiento Evangélicos, ayudará en esta búsqueda del mensaje de Dios para nuestra vida y nuestra muerte. Creemos, sinceramente, que este estudio, aunque breve, constituye una aportación valiosa al tema, insustituible para introducirnos en la enseñanza del Nuevo Testamento sobre tan trascendentales cuestiones.

JOSE GRAU

INTRODUCCIÓN

Cuando el apóstol escribió “la paga del pecado es la muerte” (Romanos 6:23) nos planteó algo así como un enigma. Porque, de hecho, un hombre no muere (en el sentido ordinario de la palabra “morir”) tan pronto como peca, ni siquiera luego --cuando acaece la muerte- es dable reconocer la conexión que existe con su pecado. Podemos decir, desde luego, que se trata de la muerte espiritual, pero ¿qué hemos de entender por ese término?

En vista de tales incertidumbres puede ser de utilidad el hacer un nuevo examen de la enseñanza del Nuevo Testamento sobre el tema de la muerte.

De manera general, podemos decir que en el Nuevo Testamento hay dos conceptos de la muerte que aparecen uno al lado del otro⁴: la muerte considerada como el más natural de los fenómenos, y⁵, al mismo tiempo, aunque paradójicamente, la muerte entendida como la cosa más antinatural y horrible, como el mayor enemigo.

El primer miembro de la paradoja que hemos señalado se halla claramente expuesto en Hebreos 9:27: “está establecido para los hombres que mueran una sola vez”, en donde la muerte aparece como el fin inevitable del hombre, y un fin establecido por Dios mismo. No es diferente la enseñanza de Juan 11:14 y ss., en donde Jesús dice: “Lázaro ha muerto”, y Tomás exhorta a sus compañeros: “Vamos también nosotros, para que muramos con él”, porque en ninguna de

⁴ Con mayor precisión, J. Laidlaw analiza el significado del término muerte en la Biblia de la siguiente manera: *Muerte legal*, o condenación: “el día que de él comieres, ciertamente morirás” (Génesis 2:17), lo que indica que a partir de ese día se hallaban nuestros primeros padres bajo sentencia de condenación; *Muerte espiritual*: “estabais muertos en vuestros delitos y pecados” (Efesios 2:1); “la que se. entrega a los placeres, viviendo está muerta” (1ª Timoteo 5:6); *Muerte física*: “la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron” (Romanos 5:12); *Muerte última*, o segunda muerte, la suerte postrera del pecador no arrepentido y sin perdón” (*Foundation Truths of Scripture*, p. ,32).

⁵ Es decir: para seres constituidos como nosotros. No me planteo aquí el problema de saber si el hombre, tal como estaba constituido originalmente, hubiese o no muerto en el caso de no haber pecado.

estas expresiones se trasluce la más mínima repulsa en contra del pensamiento de la muerte. No podemos escapar de la muerte; el hombre debe aceptarla simplemente como una de las condiciones de su existencia biológica.

La muerte no sólo es inevitable sino algo definitivo, final. Y porque marca un fin decisivo de la vida que nosotros conocemos aquí y ahora, es empleada en expresiones enfáticas, como el hebraísmo: “el que maldiga al padre o a la madre, muera la muerte (en el original)m, que nuestras versiones traducen: “muera irremisiblemente” (Marcos 7:10). Por la misma razón se usa en una gran variedad de expresiones, tales como: “Sé fiel hasta la muerte” (Apocalipsis 2:10), que nos impulsa al cumplimiento máximo de nuestro servicio, toda vez que nada en esta vida puede haber, ni puede hacerse, más allá de la fidelidad hasta la muerte, porque nada hay de esta vida detrás de la muerte. De manera parecida, dice Pablo a los Corintios: “estáis en nuestro corazón, para morir y para vivir juntamente” (2ª Corintios 7:3); y cuando habla del odio que sentía contra los cristianos, antes de su conversión, explica que “perseguía este Camino hasta la muerte (Hechos 22:4); mientras que cuando dijo: “tuvimos en nosotros mismos sentencia de muerte, para que no confiásemos en nosotros mismos, sino en Dios que resucita a los muertos” (2ª Corintios 1:9), hacía referencia a la prueba máxima, y su alusión a Dios que resucita a los muertos es para demostrar la grandeza del poder del Señor, que sabe triunfar incluso del último enemigo del hombre. Pablo también hace use de la finalidad de la muerte para expresar de manera vigorosa el peligro a que está expuesto el predicador del Evangelio, como cuando exclama: “cada día muero” (1ª Corintios 15:31; cf. con 2ª Corintios 4:11). De acuerdo con todo ello, la “herida de muerte” -“herida mortal” de Apocalipsis 13:3, 12- es el más serio de los daños.

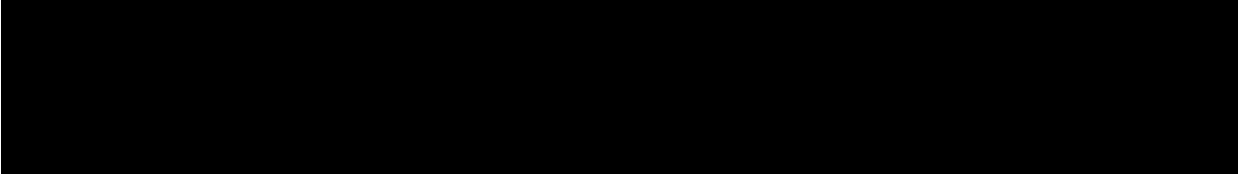
Estos usos son muy parecidos a los de nuestra conversación ordinaria y, por consiguiente, resultan perfectamente comprensibles. Así, nos es completamente inteligible el use metafórico que hallamos en la parábola del Hijo Pródigo, el cual, según leemos, “muerto era” (Lucas 15:24, 32), o el que se hace en conexión con la iglesia de Sardis, a la que fue dicho: “tienes nombre de que vives, y estás muerta” (Apocalipsis 3:1). Esta es la extensión actual del significado normal y apenas merece comentario. La muerte es, pues, el final natural de nuestra existencia carnal y como a tal la cosa más lógica del mundo.

Pero ya hemos dicho que el concepto de la muerte entraña una paradoja en la Biblia. Hasta aquí no hemos dicho mucho, en realidad ni siquiera hemos mencionado lo, más importante, al hacer referencia a la muerte como una necesidad biológica universal. “Hemos de morir porque somos polvo. Esta es la ley de la naturaleza a la cual nos hallamos sometidos como los demás seres: montañas, flores, bestias: Pero, al mismo tiempo, hemos de morir porque somos culpables. Esta es la ley moral a la cual, y a diferencia de otros seres, estamos sujetos. Ambas leyes son igualmente ciertas; ambas son enseñadas Biblia”⁶. Estas palabras de Paul Tillich nos recuerdan que la muerte es más que el mero término de la existencia terrena, y que este “más va estrechamente unido al pecado del hombre, según el pensamiento que inunda todo el Nuevo Testamento. Porque la muerte no es solamente un acontecimiento, es un estado. Este punto de vista tan solemne se encuentra en todas las páginas del Nuevo Testamento, y aunque cada uno de los escritores inspirados que contribuyeron al mismo tenía su propósito y énfasis particulares, es dable hablar de una idea novotestamentaria de la muerte, la cual tiene que ver con este concepto

⁶ P. Tillich, *The Shaking of the Foundations*, p. 70.

antinatural que la considera una cosa mala tanto como una necesidad biológica⁷. Este concepto considera la muerte como un enemigo, y la estudia prestándole una viveza particular, hasta el punto que casi la personifica.

Consideraremos, pues, ahora, esta idea de la muerte como un enemigo del hombre.



I EL ENEMIGO

Como era de esperar, es en el Apocalipsis, con su rica imaginería, donde encontramos la más explícita personificación de la muerte. Aparece como un jinete montado sobre caballo amarillo (Apocalipsis 6:8), y a este personaje se le da, conjuntamente con el Hades, la autoridad sobre una cuarta parte de la tierra. Se nos enseñan dos cosas muy importantes en este texto: la primera es que el hombre no puede nada, se halla absolutamente impotente, frente a esta terrible antagonista; la segunda lección es que la soberanía de Dios no sufre mengua, porque la autoridad del “jinete” le fue dada. La muerte no tiene derechos absolutos sobre el hombre. El lugar subordinado de la muerte se nos indica, nuevamente, en el capítulo 20, donde se ve forzada a dejar su presa y luego es echada en el lago de fuego.

Vemos también esta personificación en el concepto de la muerte como un monarca que reina: “reinó la muerte desde Adán hasta Moisés, aun en los que no pecaron a la manera de la transgresión de Adán...; por la transgresión de uno solo reinó la muerte (Romanos 5:14, 17). Como lo ha expresado A. Nygren: “para Pablo, la muerte no es solamente un acontecimiento que

⁷ El no acertar a reconocer esta importante diferencia conduce a veces a erróneas conclusiones, como, por ejemplo, T. H. Hughes se lamenta de que Denney no menciona que la muerte original predicha sobre el pecado en el Génesis no halló cumplimiento, y que, como dice S. Pablo, Dios la pasó por alto juntamente con los pecados de los hombres. Además --sugiere--, Jesús no la consideró así porque habla de la muerte como de un “partir para el hogar”, o como de un “partir para el hogar” (The Atonement, p. 88). Mas esta postura equivale a asumir que la muerte física es la muerte de que nos habla Génesis 2:17. Por otra parte, el comentario que hace Pablo al decir que Dios ha “pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados” (Romanos 3:25) y también al afirmar que Dios ha “pasado por alto los tiempos de seta ignorancia” (Hechos 17:30) no se está refiriendo al pasaje del Génesis, en absoluto; y, por otra parte, las palabras de Jesús citadas tienen que ver con la muerte física solamente, pero no con el estado espiritual que constituye “el salario del pecado”.

pone fin a nuestra vida. La muerte es un poder, un monarca”⁸. La muerte y el pecado tienen una relación muy estrecha, de manera que podemos decir que “el pecado reinó para muerte” (Romanos 5:21); hay un buen número de pasajes que presentan el reino de la muerte como reino de pecado, como cuando Pablo ve a los hombres esclavos del pecado “para muerte” (Romanos 6:16) : “erais esclavos del pecado” (Romanos 6:17, 20). Y las palabras de Jesús mismo no pueden ser más claras: “De cierto, de cierto os digo, que todo aquel que hace pecado, esclavo es del pecado” (Juan 8:34). Todo esto lleva al hecho, bíblicamente incontrovertible, de que el hombre ya no es más un agente libre. Por cuanto está esclavizado al pecado y no puede evitar la muerte que es- su consecuencia⁹. Con propiedad puede decirse de él que se halla sometido al gobierno o la soberanía de la muerte. No es un agente libre que pueda determinar por sí mismo si morirá o no. Físicamente está condenado a muerte¹⁰ y espiritualmente ya está muerto. Está gobernado por la muerte, por esa muerte que puede ser llamada “el postrer enemigo” (1ª Corintios 15:26).

II

EL IMPERIO DEL ENEMIGO

1. La muerte y el diablo

Pero la perspectiva bíblica es muy amplia y podemos estudiar la muerte desde otros ángulos.

Por ejemplo, leemos que Cristo vino “para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre” (Hebreos 2:14, 15); aquí se considera a la muerte como la esfera del diablo, la esfera en la cual ejerce su dominio. Pero esto no debemos entenderlo en sentido absoluto, como si significase que el diablo tiene en su poder el determinar la muerte física de cualquier hombre. Cuando el Señor advirtió a sus seguidores: “Temed a aquel que, después de haber quitado la vida, tiene poder de echar en el infierno; sí, os digo, a éste temed” (Lucas 12:5) estaba haciendo alusión a Dios, no al diablo¹¹, y a través del Nuevo Testamento podemos discernir la convicción de que es el Señor aquel en cuya mano están los

⁸ Romans, p. 216.

⁹ Cf. Nygen: “estos dos, pecado-y muerte, se pertenecen inseparablemente; juntos permanecen o caen juntos” (op. cit., p. 316).

¹⁰ Cf. el cínico doctor citado por Reinhold Niebuhr: “El hombre moderno ha olvidado que la naturaleza intenta matar al hombre y que lo logrará al fin” (*The Nature and Destiny of Man*, i. 203).

¹¹ Cf. el libro de Job, donde Satán no tiene poder sobre el patriarca y particularmente se le prohíbe ocasionarle la muerte, toda vez que ésta está solamente en las manos de Dios y nadie más puede producirla.

resortes de la vida y de la muerte¹². En el pasaje citado de la carta a los Hebreos, la muerte queda definida más como un estado que no como un acontecimiento, como una esfera en la cual obra el diablo, mucho más que como el mero acto de cesar la existencia física¹³. El “morir” puede ser considerado simplemente como un fenómeno biológico, pero el “estar muerto” (Efesios 2:1) es algo más¹⁴. Significa encontrarse en esa esfera donde el diablo actúa.

Esto es lo que da significado a la expresión: “todos los que por temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre”. No parece haber ninguna razón particular por la que el hombre hubiese de temer a la muerte, entendida ésta sólo como un acontecimiento físico, pero la verdad es que el hombre teme, instintiva y muy característicamente, a la muerte¹⁵, lo cual indica que se trata de algo más que el simple fin de esta existencia, o, cuando menos, que el hombre así lo cree o presupone¹⁶. Podemos comprender el temor al dolor o al sufrimiento, pero no parece haber razón alguna por la que el fin de la existencia haya de causar tanto pavor. Y es que la muerte incluye el hecho de “estar muerto”, a que aludíamos más arriba, lo cual la convierte en algo pavoroso. Este aditamento se concibe en el Nuevo Testamento como el producto de la esfera de la maldad y del Malvado.

2. La muerte y el pecado

En la misma línea se halla el razonamiento que asevera que “el aguijón de la muerte es el pecado” (1ª Corintios 15:56)¹⁷, o el que presenta el “morir en pecado” (Juan 8:21), como algo que ha de ser temido. La muerte como tal no entraña terror para el hombre, pero no puede desligarse del hecho del pecado, y, por lo tanto, el hombre no puede permanecer indiferente ante su amenaza. Cuando muere no escapa a las consecuencias de su pecado, sino que más bien va al

¹² Así en Romanos 14:9 se habla de Cristo como “Señor así de los muertos como de los que viven”, y en el Apocalipsis 1:18 él tiene “las llaves de la muerte y el Hades”.

¹³ “La muerte, tal como la conocemos, se nos describe en la Escritura como el Reino del Malvado. Es el resultado del pecado y no forma parte del orden divino” (H. Maynard Smith, *Atonement*, p. 108).

¹⁴ “Afirmar que la moderna biología enseña que todos los hombres deben morir, como siempre han muerto, con pecado o sin él, no roza siquiera el meollo de la cuestión, toda vez que la biología trata solamente del acontecimiento físico y no tiene nada que decir del estado que le sigue” (C. R. Smith, *The Bible Doctrine of Salvation*, p. 129).

¹⁵ Mi colega Mr. F. I. Andersen ha llamado mi atención sobre un buen número de pasajes de Dostoievsky en los cuales este autor ruso denuncia como la más grande falta de humanidad y el más cruel de los tormentos el hacer saber a un reo *con anticipación* el momento exacto en que tendrá lugar su ejecución. También el cine francés ha producido alguna obra protestando en contra de la barbarie de tales métodos penales.

¹⁶ Cf. H. Lovell Cocks: “Epicuro, con más perspicacia que algunos de sus modernos discípulos, observó que lo que el hombre teme no es el hecho de que la muerte signifique aniquilación, sino todo lo contrario: el hecho de que no signifique esto” (*By Faith Alone*, p. 57).

¹⁷ T. B. Strong cree que este pasaje puede indicar que la muerte física y el pecado se hallan estrechamente unidos. “San Pablo, si nuestra interpretación es correcta, llama al pecado “el aguijón de la muerte”, como si pudiera haber un modo de salida de la condición de este mundo que tuviera lugar sin un aguijón” (*A Manual of Theology*, p. 260). Por contraste, Reinhold Niebuhr dice que esta “clásica aserción... apenas puede ser interpretada como significando que la mortalidad como a tal sea la consecuencia del pecado” (*The Nature and Destiny of Man*, p. 186).

encuentro de las mismas (cf. la afirmación de Hebreos 9:27: “está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio”).

El pecado, de alguna manera, es la causa de la muerte. Esto nos plantea ciertos problemas complejos. Algunos intérpretes han creído que la enseñanza bíblica afirma que el pecado es la causa de la muerte física, mientras que otros arguyen que, para unos cuerpos físicamente constituidos como los nuestros, la muerte es inevitable, tan inevitable como lo es para los animales. Muchos de los argumentos aducidos en favor de la primera posición no son muy fuertes, como, por ejemplo, el que se funda en los casos de Enoc y Elías. Porque, en primer lugar, no hay la menor evidencia de que estos hombres fueran sin pecado, y, en segundo lugar, el modo de su partida de este mundo es algo evidentemente excepcional y como tal aparece en el relato bíblico; nada hace suponer en el texto sagrado que otros hombres o mujeres puedan esperar pasar a la presencia de Dios de manera parecida si se abstienen de pecar. Y lo mismo cabe decir de la sugerencia que dice no haber ninguna conexión necesaria entre nuestros cuerpos y la muerte sobre la base de que, en la segunda venida del Señor, ciertas personas pasarán inmediatamente a su presencia (1ª Tesalonicenses 4:17), porque Pablo afirma expresamente que “todos seremos transformados” (1ª Corintios 15:51). Todavía, otros aducen el caso de nuestro Señor, y preguntan si podemos imaginarle sometiénndose a la muerte, aparte las exigencias de la redención. Pero como la Escritura indica en todas partes que el propósito de su venida fue el ir a la muerte en sustitución de los pecadores, la suposición carece de valor y es inadmisible como prueba.

Es de más valor la declaración de Pablo cuando afirma que “el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así pasó la muerte a todos los hombres, por cuanto todos pecaron” (Romanos 5:12), en donde es evidente que la muerte queda ligada al pecado de Adán, si bien no está tan claro cómo hemos de entender esta ligazón. Algunos han limitado el significado de la palabra “muerte” en este texto al sentido de muerte física¹⁸, mientras que otros consideran la expresión “todos pecaron” como si indicara que todos y cada uno de los seres humanos hubieran seguido el ejemplo de Adán¹⁹, y así llegaríamos a la conclusión de que Adán pecó y se tornó mortal, y desde entonces todos los hombres han repetido la misma experiencia; se ha vuelto a producir el mismo proceso. Pero tales interpretaciones nos parecen inadecuadas.

En el pasaje del Génesis al cual se refiere Pablo leemos la advertencia: “mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás” (Génesis 2:17); pero, toda vez que la muerte física de Adán no acaeció sino mucho más tarde, muchos años después de cometido el primer pecado y haber oído su condena, es difícil pensar que se trate primeramente de la muerte física en este texto. Además, podemos preguntarnos si las palabras de Génesis 3:19, “polvo eres y al polvo volverás”, forman parte de la pena o si más bien declaran un hecho. Por otra parte, la alusión del v. 22 del capítulo 3 de Génesis, en el sentido de que Adán podía haber obtenido la inmortalidad si hubiese comido del árbol de la vida, parece

¹⁸ Sanday and Headlam observan y tienen en cuenta la posición que interpreta este texto como refiriéndose a la muerte eterna; pero prosiguen: “Es más simple y mejor tomarlo como muerte física” (*Comet. in loc.*).

¹⁹ Así Karl Barth: “Vemos a todos los hombres hacer lo que Adán hizo, y luego sufrir como Adán sufrió. Vemos que los hombres pecan, y luego mueren” (*Comet. in loc.*).

indicar que por naturaleza el hombre no era inmortal, más bien que una referencia a la mortalidad como castigo. Podría argüirse también que “muerte” en este pasaje no puede significar otra cosa que lo que generalmente se quiere expresar con este vocablo cuando no lo califica ningún adjetivo; pero, asimismo, podría decirse que en otros pasajes más tardíos del Antiguo Testamento se hace una conexión simbólica, por lo menos, entre muerte y pecado; aún más: la muerte física aparece como el castigo de ciertas ofensas de carácter espiritual. Véase, por ejemplo, Deuteronomio 21:23, “maldito por Dios es el colgado”. En conjunto, parece probable que por “muerte” hemos de entender un estado espiritual, pero un estado perfectamente simbolizado por la muerte física²⁰. Cuando el hombre pecó, pasó a un nuevo estado, un estado dominado, al mismo tiempo que simbolizado, por la muerte. De igual modo, nos parece que la muerte física y la muerte espiritual no deben entenderse como dos cosas separadas, sino todo lo contrario, como profundamente relacionadas hasta el punto que la una incluye a la otra.

En el pensamiento de Pablo no parece que la muerte haya de entenderse como una simple consecuencia del pecado. Por ejemplo, en Romanos 6:23 leemos: “la paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro”; la libre y gratuita dádiva de Dios no significa aquí exención de la muerte física y resulta imposible pensar que la paga del pecado, que es cancelada por esta dádiva, haya de ser identificada sin más con la muerte física. Aunque la muerte física parece estar implicada, ésta no es más que un símbolo de una realidad profundamente espiritual²¹.

El hombre muere, no solamente como un cuerpo, sino en la totalidad de su ser, como una unidad con aspectos físicos y espirituales²². La muerte, en este pasaje, incluye el término de la existencia biológica, pero es más que esto, por cuanto representa ciertamente la idea de una muerte espiritual que es mucho más grave e importante que cualquier otra manifestación física. O, quizá, también podríamos decir que los dos aspectos, el espiritual y el físico, no están tajantemente diferenciados²³.

²⁰ Cf. la afirmación de Atanasio: “¿Qué más podrían estas palabras significar: “muriendo morirás”, sino que no moriría simplemente y que continuaría también en la corrupción de la muerte?” (*De Incarnatione*, 3, trans. Bindley, p. 47).

²¹ Cf. Brunner: “No es el hecho de que el hombre muera lo que constituye el “salario del pecado”, sino que muera como muere, en temor y agonía, con la ansiosa incertidumbre de lo que le espera más allá de la muerte, con una mala conciencia, o el temor de un posible castigo, en resumen: muerte *humana*” (*The Christian Doctrine of Creation and Redemption*, p. 129).

²² “El Nuevo Testamento no hace ningún esfuerzo para marcar diferencias entre la muerte física y su contrapartida espiritual” (J. G. Simpson, *What is the Gospel?*, p. 80). “Las consecuencias del pecado son, sin duda, mucho más amplias que la destrucción de la carne, pero ciertamente incluyen esta destrucción. La personalidad y el organismo corporal están demasiado relacionados para admitir nuestras distinciones o nuestros intentos de verlos por separado. Su interdependencia es demasiado estrecha para no dar significado moral a lo que quizá sólo parece un proceso físico inevitable. Lo uno es como el sacramento de lo otro” (op. cit., p. 81).

²³ Cf. C. Anderson Scott: “Y por muerte Pablo no quiere decir la muerte física solamente ni la “muerte espiritual” solamente, sino ambas; en realidad, no hace distinciones. La muerte se debió al principio corruptor y destructor introducido por el pecado en la carne (cf. 2.a Pedro 1:4), la cual, a partir de entonces, se convirtió en “mortal” (Romanos 6:12; 2.ª Corintios 4:11); al mismo tiempo introdujo la destrucción moral tanto como la física y el hombre así “fue cortado de la vida de Dios”-- (*Christianity According to St. Paul*, p. 49).

Llegados a este punto, conviene observar que el Nuevo Testamento entiende el estado final del creyente en términos de la resurrección de los muertos y, como veremos luego en otra sección, hay muchos pasajes que expresan el gozo del pensamiento que la muerte será vencida. Como que forma parte integral del pensamiento cristiano, la victoria sobre la muerte física constituye uno de los frutos de la actividad redentora de Cristo y, por lo tanto, será lógico considerar la muerte física como una de las consecuencias del pecado.

Para muchas personas, cuando decimos que la muerte física es biológicamente inevitable, ya lo hemos dicho todo. Parece como si nada más pudiera decirse sobre esta cuestión. James Denney arremetió vigorosamente contra este punto de vista: “La aserción científica de la necesidad natural de la muerte no es más que un esquivar el problema. Esto salta a la vista tan pronto como examinamos la cuestión de cerca. El hombre, suele decirse, *tiene que* morir, *siempre* tiene que haber muerto, porque es un ser natural, sujeto a la ley natural, y universal, del nacimiento y la muerte; por consiguiente, no puede esperar otra cosa. Sin embargo, todo el fondo sobre el cual se apoya la doctrina bíblica nos enseña que el hombre *no* es simplemente un ser natural, sin otra perspectiva que la que aguarda a los seres meramente naturales. El hombre es un ser que, en su misma constitución, está dotado de una primacía sobre la naturaleza; está vinculado a Dios de manera tal que aparece específicamente distinto de cualquier otro ser simplemente natural, de tal manera que los que lo comprenden lo consideran como portador, por lo menos, de la promesa y la posibilidad de la inmortalidad”²⁴.

Por estas y otras razones no podemos aceptar el punto de vista que sólo atiende al aspecto biológico de la muerte. Pero, por otro lado, es imposible adoptar la postura del que afirmara: “La muerte es biológicamente necesaria, pero teológicamente no es inevitable; porque nuestra teología y nuestra ciencia no debieran contradecirse. Tal vez una explicación que no hace violencia a ninguna de las dos es la que toma en serio la constitución original del hombre como un ser puesto en una relación especial tanto con respecto a Dios como con respecto a la naturaleza. ¿Es demasiado imaginar que esta estrecha vinculación a Dios, y esta primacía sobre la naturaleza, hallaron expresión en fuerzas de un carácter espiritual que detuvieron y contuvieron la tendencia natural del cuerpo a la decadencia y la muerte? La entrada del pecado alteró tan radicalmente la situación que la disolución de la carne no halló ya impedimento ninguno y así la muerte se convirtió en algo inevitable. Es, pues, a la vez, y al mismo tiempo, algo completamente natural y completamente antinatural. Considerada de esta manera, la muerte física es quizá la consecuencia más espectacular del pecado, pero lo más grave es que el hombre ahora se ha introducido en una esfera diferente tanto espiritual como físicamente. El sello de la muerte es una huella evidente en toda su vida y actividad”²⁵.

²⁴ Studies in Theology, p. 98. El Rev. A. M. Stibbs, en una conversación, me sugirió que el matrimonio ofrece una analogía parcial que no siempre resulta útil. La unión de los sexos es una necesidad biológica para la propagación de la especie, pero en el caso del hombre existe además una intención divina que determina la experiencia y el goce del matrimonio

²⁵ C. S. Lewis escribió: “Allí donde el poder del espíritu sobre el organismo era completo y no hallaba resistencia, la muerte no tenía nada que hacer” (Miracles, p. 152). También dijo: “Mas cuando Dios creó al hombre le dio una constitución tal que, si la parte superior se revelaba contra el Hacedor, se encontraría falto de control sobre sus partes más bajas: es decir, en la carrera que lo llevaría a la muerte” (op. cit., p. 156).

Esto es lo que aprendemos en Romanos 5. Incluso si creemos que en el v. 12 se trata de la muerte física, será imposible sostener que únicamente hace referencia a esta clase de muerte²⁶, y esta imposibilidad es tanto más evidente cuanto que el v. 15 y otros nos mueven a la reflexión: “por la transgresión de aquel uno murieron muchos”. Este versículo indica que “los muchos” murieron cuando “la transgresión” de Adán tuvo lugar y no más tarde. Y lo mismo cabe decir de otros versículos: “por la transgresión de uno solo reinó la muerte” (v. 17); “por la desobediencia de un hombre, los muchos fueron constituidos pecadores” (v. 19); ambos textos demuestran que el pecado de Adán tiene consecuencias para su posteridad y que no se trata simplemente de la imitación de su mal ejemplo. Pablo está diciendo, con enérgica terminología, que la entrada del pecado en la vida de los hombres acarrió un nuevo condicionamiento de las cosas por el cual hemos entrado en el reino de la muerte²⁷, hemos pasado a la esfera del Maligno. Tan pronto como nos damos cuenta de esta realidad, al discernir el profundo significado de este pensamiento, vemos que era imposible que el pecado del primer hombre le afectara a él sólo. Sus descendientes vinieron a un mundo en el cual reinaba la muerte, y así desde el principio se encontraron bajo el dominio del Maligno.

Pablo tiene un pasaje muy similar en 1ª Corintios 15:21 y ss.: “la muerte entró por un hombre...; en Adán todos mueren”. No se pierde de vista, aquí, el hecho de la muerte física, toda vez que, en contraste, se le opone la resurrección de entre los muertos. Pero la muerte física es la señal y el símbolo de una realidad más profunda, de un estado del alma²⁸. Cuando leemos “así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados”, vemos que la clase de muerte a que se refiere el texto corresponde, por contraste, clase de la vida que Cristo da. Llegamos, así, a la importante conclusión de que la muerte es la negación de la vida eterna.

Si esto es así, no podemos considerar la muerte como algo natural que existe de por sí, por derecho propio, y como a tal apta para una apreciación intrascendente. La muerte es el estado de exclusión de la vida, es decir: de la vida auténtica²⁹. Del mismo modo que el hombre puede empezar a gustar la vida eterna aquí, y ahora (Juan 5:24, etc.), así también puede estar muerto en su vivir. De los que se encuentran alejados de Cristo leemos que están muertos “en sus delitos y pecados” (Efesios 2:1), “muertos en pecados” (Efesios 2:5) y nuevamente “estando muertos en pecados” (Colosenses 2:13). El significado del dativo no está muy claro en estas frases y por esto algunos traducen “muertos *en* pecados” (versiones inglesas A. V. y Moffat; versiones españolas Reina Valera, antigua y revisada), mientras que otros traducen “muertos Por nuestros delitos y pecados” (versiones inglesas R. V. y R. S. V.; la versión Weymouth traduce los pasajes de Efesios “por” y el de Colosenses “en”; versiones españolas Nácar-Colunga y “New Testament”

²⁶ Charles Hodge sostuvo que este pasaje enseña “que la muerte es un mal penal, y no la consecuencia de la constitución original del hombre, y sigue hasta demostrar que, mientras la muerte natural queda incluida, el pasaje enseña mucho más que esto. “Es evidente que la muerte de que se habla aquí incluye toda la pena, la muerte espiritual y eterna, tanto como la disolución del cuerpo” (Comm. in loc.).

²⁷ “En Adán todos estamos bajo el soberano dominio de la muerte, y “en Cristo” bajo el soberano dominio de la vida” (Nygren, op. cit., p. 218).

²⁸ Bultmann piensa que este pasaje enseña que la muerte es tan poco natural como la resurrección (TWNT iii, 14, 16-20).

²⁹ “Vielmehr bleibt der Tod stets der Schrecken, der tie “zon” zur uneigentlichen “zon” “macht” (TWNT iii, 14, 11 y ss.).

de Montserrat; la versión Hispanoamericana sigue a la de Weymouth en este punto). Pero, sea cual sea nuestra traducción, parece que cada uno de estos pasajes contiene el pensamiento de la instrumentalidad, de manera que la muerte de que se trata aquí es una consecuencia del pecado. Existe una incompatibilidad entre la vida y el pecado, de manera que el pecado, inevitablemente, significa la muerte. De igual modo las prácticas pecaminosas están asociadas varias veces con la muerte en Romanos 6:16, 21; 7:5. En cada caso la muerte es la consecuencia ineludible del pecado, de modo que al pecado le resulta imposible la existencia sin tener por corolario a la muerte.

Esta inevitabilidad de la muerte allí donde se halla el pecado, viene ilustrada por una viva metáfora en Santiago 1:15, donde se considera el pecado como el resultado del parto de la concupiscencia: “entonces la concupiscencia, después de que ha concebido, da a luz el pecado; y el pecado, siendo consumado, da a luz la muerte”. La ilustración es muy expresiva. La muerte se halla contenida en el pecado, de la misma manera que el niño, antes de nacer, se encuentra en el vientre de su madre y lo que se halla en el vientre debe salir a su debido tiempo³⁰. Una idea paralela es la que se deduce del pensamiento de Pablo en Romanos 7:13, donde escribe: “el pecado, para mostrarse pecado, produjo en mí la muerte”. Sin necesidad de forzar el significado del verbo que aquí se usa, el significado obvio que parece tener es que la muerte constituye la consecuencia necesaria del pecado cuando éste llega a la consumación de su obra. Allí donde el pecado alcanza su climax³¹, allí hay muerte. Casi podríamos decir que encontramos la idea de que el pecado obra con un propósito determinado, y poderoso, como en Romanos 7:7 y ss., donde Pablo introduce un pensamiento que le es favorito: la ley no puede conseguimos la perfección; todo lo que hate es exponer

el pecado a la luz, haciendo así al hombre consciente de su fracaso: “venido el mandamiento, el pecado revivió y yo morí” (v. 9). No que el mandamiento en sí sea dañino para el hombre, sino que el pecado -que es la fuerza que produce la muerte- convierte el mandamiento en su “base de operaciones”, por así decirlo, y obrando desde este lugar consigue su objetivo. Algo parecido, con el mismo vigor y fuerza, puede entenderse del uso de “telos” en Romanos 5:21: “pero ¿qué fruto teníais de aquellas cosas de las cuales os avergonzáis? Porque *el fin* de ellas es la muerte”.

3. La muerte, castigo divino por el pecado

Hasta aquí hemos considerado el territorio del enemigo, definido por la conexión natural entre la muerte y el pecado. Teniendo en cuenta lo que es la naturaleza del pecado y lo que caracteriza la naturaleza de la muerte, inevitablemente el pecado debe desembocar en la muerte. El uno presupone a la otra. A veces, el lenguaje bíblico convierte la muerte en el dirigente o la causa; en

³⁰ Moulton y Milligan dicen de “*apokneo*”: “La palabra, por consiguiente, a pesar del intento de Hort (sobre Santiago 1:15) de aplicarla especialmente a los casos de nacimiento anormal parece haber sido un sinónimo ordinario de “*tikto*”, pero definitivamente “perfectivizado por “*apo*”, implicando así entrega” (*The Vocabulary of the Greek Testament*). Moulton, en su obra *Prolegomena* pp. 111 y ss., muestra que las preposiciones “*apo*”, “*diá*”, “*ekata*”, “*sún*”, son usadas frecuentemente en nombres compuestos en un sentido “perfectivo”, habiendo perdido el sentido distintivo de la preposición y quedando su función simplemente en la tarea de enfatizar. Un buen ejemplo lo tenemos en el vocablo “*apoznesko*”.

³¹ Sanday y Headlam (al referirse a Romanos 2-9) dan el sentido del verbo como indicafin propuesto”.

otros casos estas funciones las desempeñan el pecado o el Maligno. Esto es Posible gracias a la estrecha relación que existe entre ambas realidades.

Pero todo ello no agota la revelación bíblica sobre este tema. Existe otra manera, muy importante, de considerar esta cuestión. En efecto, luego de haber estudiado lo que hemos dado en llamar el territorio del enemigo, su “base de operaciones”, hemos de atender a otra gran verdad escriturística, que podríamos resumir con la siguiente frase: los límites territoriales que estamos estudiando han sido definidos por Dios. La muerte y el pecado forman una concatenación por designio divino, de manera que hemos de saber discernir la mano de Dios en la muerte que visita al pecador.

En varios pasajes de la Escritura se nos habla de ciertas acciones concretas que merecen, o no merecen, la muerte. Por ejemplo, Lucas 23:15, 22; 24:20; Mateo 26:66; etc.

Pero son éstas las expresiones del juicio humano falible. Sin embargo, revelan que en el hombre hay la convicción de que ciertos pecados son tan odiosos que merecen el castigo de la muerte. Algunos pasajes van más lejos, como Romanos 6:23: “la paga del pecado es la muerte”, en donde la muerte aparece como un castigo divino. La palabra que traducimos por “paga” solía emplearse para indicar lo que cobraban los soldados como estipendio (Lucas 3:14; 1ª Cor. 9:7); aunque también puede traducirse por “salario” en sentido general (2ª Cor. 11:8); su sentido es obvio: indica lo que se debe y nos enseña claramente que el pecado no sólo desemboca en la muerte, sino que merece acabar en la muerte. Muchos comentaristas toman este versículo como significando la muerte física, pero no puede ser éste su sentido único o principal. La segunda parte de este versículo se refiere a la vida eterna como don de Dios, pero dicha vida no excluye la muerte física y, por lo tanto, cualquier exégesis auténtica debe entender la naturaleza de la muerte de que habla la primera parte del versículo en correspondencia con la vida a que alude la segunda mitad. Puede muy bien ser, por otra parte, que se encuentren dos ideas incluidas en el mismo término de “muerte”, y de ahí que C. H. Dodd hable de “la muerte corporal como el símbolo de la separación final de Dios”³²; pero lo importante aquí es precisamente la separación final.

La muerte, como castigo divino por el pecado, aparece igualmente en el pasaje de Juan que habla del “pecado de muerte” y el “pecado no de muerte” (1ª Juan 5:16)³³. También se encuentra, ciertamente, en el primer capítulo de Romanos, donde, luego de un tremendo catálogo de acciones perversas, Pablo afirma de quienes cometen tales pecados que “habiendo entendido el juicio de Dios, que los que practican tales cosas son dignos de muerte” (v. 32), con lo cual asegura, explícitamente, que no nos está dando una opinión personal, sino que se está refiriendo a un castigo divino bien conocido de todos. Es Dios quien ha determinado que la muerte sea la pena que corresponde al pecado.

³² *Romans* p. 81. De manera similar L. S. Thornton escribe: “La muerte, tal como la conocemos, es tanto el símbolo como la pena del pecado” (*The Common Life in the Body of Christ*, p. 265).

³³ Cf. C. Ryder Smith: “La separación entre Dios y el hombre que el pecado ha venido a establecer puede denominarse, o bien ‘muerte’, o bien ‘la ira de Dios’; la verdad fundamental en todo caso es que no puede haber comunión entre Dios que es santo y el hombre pecador” (*The Biblical Doctrine of Salvation*, pp. 261, 262).

Es importante tener ideas claras sobre el particular. Mientras, como vimos al principio, desde cierta perspectiva la conexión entre el pecado y la muerte es la cosa más natural del mundo, sin embargo esto no es todo ni agota las perspectivas. No se trata simplemente de un proceso automático, porque la mano de Dios está allí. La muerte es la pena decretada por el Todopoderoso³⁴. Esto significa que la situación trágica del pecador puede, a pesar de todo, no ser desesperada como lo sería si se hallara preso en la vorágine de las leyes cósmicas que son insensibles, o como si se encontrara a merced de un inexorable hado. Si la muerte es el castigo de Dios, la vida es su don³⁵, el obsequio de su gracia.

4. La muerte y la Humanidad

Hasta aquí hemos considerado lo que hemos dado en llamar el territorio del enemigo, definido en su referencia al pecado, de manera que allí donde éste se manifiesta allí radica la esfera de la muerte. Con un énfasis algo distinto, podríamos definir este territorio también en relación con la Humanidad y entonces hallaríamos que “la muerte pasó a todos los hombres” (Romanos 5:12). La muerte tiene imperio sobre la totalidad de la raza humana. Esta realidad se halla enraizada en la misma naturaleza de las cosas desde la caída, y no depende de que el individuo dé lugar al pecado, toda vez que leemos: “reinó la muerte desde Adán hasta Moisés, aun en los que no pecaron a la manera de la trasgresión de Adán” (Romanos 5:14). Todo hombre vive a la sombra de la muerte (cf. Hebreos 2:15); en tanto que vive no puede escapar a su dominio. Su cuerpo está tan completamente dominado por la muerte que puede ser llamado “el cuerpo de esta muerte” (Romanos 7:24) y ello va ligado específicamente al pecado: “El cuerpo en verdad está muerto a causa del pecado” (Romanos 8:10). La inevitabilidad de la muerte física es símbolo de una verdad espiritual más profunda: el hombre, porque es hombre, y porque es hombre pecador, vive solamente dentro de la esfera de la muerte y debe considerarse como condenado a muerte. Este cuerpo y la muerte no pueden separarse. Surge esta verdad, casi incidentalmente, en 2ª Corintios 2:15, 16, donde el apóstol dice que los cristianos son “grato olor de Cristo” y a los que se pierden los llama “olor de muerte”. Sólo puede haber muerte para quienes se hallan fuera de Cristo y el contacto con quienes verdaderamente son del Señor pone de relieve de forma todavía más evidente este hecho.

5. La naturaleza de la muerte

Es así, a la luz de cuanto llevamos investigado, que podemos obtener algunas indicaciones sobre la naturaleza de la muerte en su sentido neotestamentario. Pablo escribe: “la intención de la carne es muerte” (Romanos 8:6). Sanday y Headman creen que la palabra que se traduce por “intención” (en la versión revisada: “el ocuparse”) denota “la inclinación general del pensamiento y la voluntad”³⁶, y de esta manera el pasaje nos enseña que cuando la inclinación del hombre tiende hacia las cosas de su naturaleza baja, o aun cuando se inclina a lo que es

³⁴ “Es el veredicto y la sentencia del Juez. El hombre muere, no como criatura, sino como criminal” (R. S. Candlish, *Life in a Risen Saviour*, p. 333).

³⁵ Cf. J. Laidlaw: “No estamos hurgando en la epidermis de frías y mecánicas leyes, sino en la mano del Dios vivo, que castiga el pecado, pero que también puede decir: “Encontraré el medio de sacaros de la tumba: porque he hallado un rescate”” (*Foundation Truths of Scripture*, p. 33).

³⁶ In loc.

meramente físico o terreno, entonces el hombre se encuentra en un estado de muerte³⁷. No se trata tan sólo de que dicha actitud acarree inevitablemente la muerte, o la merezca; la actitud en sí es ya muerte. En el versículo que sigue aprendemos que la intención de la carne es enemistad contra Dios; “porque no se sujeta a la ley de Dios, ni tampoco puede”, lo que parece definir la esencia de la muerte como enemistad contra Dios. Y es esto lo que constituye el verdadero horror a la muerte³⁸, ya que ninguna otra calamidad podrá ser peor para el hombre que buscaba un propósito en la vida, el hombre que anhela la comunión con el más allá.

Teniendo en cuenta la idea cristiana que concibe a Dios como amor, no es de extrañar que lo que aquí nos concierne encuentre expresión de esta manera: “el que no ama a su hermano permanece en muerte” (1ª Juan 3:14); tampoco nos sorprende que la prueba de haber pasado de la muerte a la vida consista en amar a los hermanos (*ibid.*). Vivir preocupado solamente, y primordialmente, por las cosas de la carne³⁹, vivir sin amor, es vivir en enemistad contra Dios. Y esto es muerte.

6. La muerte segunda

Hemos visto que el territorio sobre el cual reina la muerte es tan ancho como el pecado, y también que es coextensivo con la raza humana. Queda por ver, ahora, que asimismo se extiende a través del tiempo y más allá, hasta el punto de que la seriedad trágica de la muerte queda subrayada con las alusiones a “la segunda muerte”. Se trata de una expresión rabínica, y Strack-Billerbeck ha señalado que, aunque el término en sí es comparativamente tardío, la idea que contiene es mucho más temprana. Estos autores consideran que el significado de “la muerte segunda” puede expresarse en los siguientes puntos: a) exclusión de la resurrección y permanecer en la tumba; b) ser entregados a la perdición eterna⁴⁰. Citan copiosos ejemplos para ilustrar ambos significados. Y como muestra típica del segundo citan Deuteronomio 33:6, según se halla en Targ. *Onk.*: “Viva Rubén eterna vida y no muera la muerte segunda”⁴¹ (cf. versión Reina-Valera: “Viva Rubén y no muera”). Esta es la interpretación que ofrece el Nuevo Testamento, aunque algunos por lo menos de sus ejemplos son más vívidos.

La epístola de Judas tiene una sección que muestra este significado claramente. Habla de algunos pecadores como “dos veces muertos” (v. 12), expresión que queda explicada en el versículo siguiente, donde se dice que para los tales “está reservada eternamente la oscuridad de

³⁷ Cf. Dodd, al comentar Juan 5:24 y ss.: “la muerte de la que se habla aquí es más bien el modo de existencia de la humanidad no redimida y sumida en tinieblas” (*The Interpretation of the Fourth Gospel*, pp. 148, 149).

³⁸ Cf. A. Richardson: “el verdadero horror inherente a la muerte radica en el hecho de que la muerte es el símbolo del orden natural, en un mundo caído (cf. Génesis 3), en un mundo de rebelión y separación de Dios” (*A Theological Word Book of the Bible*, p. 61).

³⁹ S. Kierkegaard sostenía que “la desesperación es la enfermedad para muerte, esta agonía de contradicción, esta dolencia en el yo, que nos lleva a morir siempre, a morir sin morirnos del todo, a morir la muerte cada día. Porque morir significa que todo ha terminado, pero morir la muerte significa vivir para experimentar la muerte” (*The Sickness unto Death*, trad. W. Lowrie, p. 25).

⁴⁰ Kommentar zum Neuen Testament aus Talmud and Midrasch, iii, 830.

⁴¹ Op. cit., p. 834.

las tinieblas”. Sus crímenes son tan nefandos y se hallan tan entregados al pecado que, si bien físicamente están vivos, su condenación en la vida venidera es cierta, tanto como lo es en la presente, por lo que se refiere a su estado de muerte.

Dos veces afirma el Apocalipsis que los creyentes están libres de la muerte segunda (Apocalipsis 2:11; 20:6) y dos veces también explica lo que significa la segunda muerte: “Y la muerte y el Hades fueron lanzados al lago de fuego. Esta es la muerte segunda” (Apocalipsis 20:14); “pero los cobardes e incrédulos, los abominables y homicidas, los fornicarios y hechiceros, los idólatras y todos los mentirosos tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda” (Apocalipsis 21:8). El lago de fuego constituye un simbolismo muy adecuado para el vívido conjunto de imágenes que usa este libro, y plasma con fuerza la idea de que la segunda muerte no es mera somnolencia; no se trata del sueño de dejar de existir, antes al contrario, es algo dolorosamente maligno, algo que debe ser temido y evitado⁴². Dichos pasajes han de entenderse a la luz de otros textos del Nuevo Testamento que hablan del castigo eterno de cuantos rechazan a Cristo; esta enseñanza tiene sus mismas raíces en la enseñanza del Maestro, puesto que fue Jesús quien nos anticipó el veredicto que recaerá sobre algunos en el día del juicio: “Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles -e irán éstos al castigo eterno” (Mateo 25:41, 46). Asimismo, habló del “infierno, donde el gusano de ellos no muere, y el fuego nunca se apaga” (Marcos 9:47, 48) y lo definió como “fuego que no puede ser apagado” (Marcos 9:43). Dijo que aunque hombres de muy diversos lugares se sentarán en el reino de Dios, “los hijos del reino serán echados a las tinieblas de afuera” (Mateo 8:12; cf. también 22:13; 25:30). En la 2.ª Pedro 2:17 y Judas 13 leemos de pecadores “para los cuales la más densa oscuridad está reservada para siempre”. Además de fuego eterno y densa oscuridad, esta suerte eterna se describe como el fin de los que “se pierden”, o los que están “perdidos”, mediante el uso, generalmente, del verbo *apolumi* (Juan 3:16; 17:12; Rom. 2:12; etc.).

Toda vez que la condición final de los que no se salvan puede describirse de varias maneras, como estando en tormento, en el fuego eterno, en la densa oscuridad de las tinieblas, pereciendo y en estado de perdición, no sería correcto identificar dicha condición con una sola de las descripciones. Lo que queda muy claro es que esta suerte final consiste, sobre todo, en privación y en sufrimiento. Se objeta a esta parte de la enseñanza bíblica que sobre la base de un Dios que es amor resulta imposible concebirlo al mismo tiempo como permitiendo que aquellos a los cuales él ha creado sigan en semejante estado para siempre. Topamos aquí con un profundo misterio, y, sin pretender ahondar en sus profundidades, acaso convenga decir aquí que esa objeción hecha a la Biblia ignora la naturaleza de la muerte. Como hemos visto, la muerte no es sólo un acontecimiento, es un estado, es la esfera en la cual el mal tiene un imperio, y los pecadores se encuentran dentro de esta esfera (no pueden hallarse en ninguna otra parte) con todo lo que ello implica, a menos que sean redimidos de la misma. Si un hombre continúa pecando, continúa estando muerto, y si lo que esto representa puede demostrarse más claramente

⁴² S. A. McDowall habla de la segunda muerte como “ ser arrojado de la presencia de Dios y eterna amargura. No extinción: el pensamiento moderno nos lleva a creer que la extinción de la personalidad es imposible, y esto es ciertamente lo que enseñó Cristo. Pero equivale a algo peor, es la muerte del poder ser hechos a imagen de Dios nuevamente, la eterna imposibilidad de entrar en comunión con el Amor” (*Evolution and the Need of Atonement*, p. 135).

hablando de la segunda muerte, o del fuego eterno, o de la densa oscuridad de las tinieblas, o del estado de perdición de los pecadores, tanto mejor.

III

EL ENEMIGO EN LA BATALLA

Hasta aquí hemos considerado la naturaleza y la extensión de la muerte, así como su radio de acción entre los hombres, extendiendo su maldición sobre la totalidad de la raza. Sin embargo, el Nuevo Testamento no parece tener esto como lo más importante; antes bien, uno está tentado de decir que se trata tan sólo del prólogo de lo que es realmente importante.

Es un hecho sorprendente que si abrimos una concordancia y examinamos el vocablo “*nekros*”, encontramos que la mayor parte de los pasajes citados tienen más que ver con la vida que con la muerte y, sobre todo, con la resurrección de entre los muertos⁴³. Esto es consecuente con la naturaleza de Dios, a quien podemos describir como el que da vida a los muertos (Romanos 4:17), o como aquel que es el único que tiene inmortalidad (1.a Timoteo 6:16) y que da dicha inmortalidad al hombre como un regalo de gracia (1.a Corintios 15:53, 54). La Biblia está más interesada en la vida que en la muerte. Hemos de pensar en la muerte no tanto como teniendo existencia propia sino como la negación de la vida eterna, la vida que es propia del hombre.

La liberación de la muerte, en el Nuevo Testamento, está íntimamente asociada a la muerte de Cristo. Profundizar en este punto nos llevaría a investigar la manera como la expiación fue realizada, lo cual trascendería los límites de este trabajo. Aquí no podemos más que observar, brevemente, que, por medio de la muerte del Salvador, Dios ha solucionado completa y adecuadamente el problema del pecado. Ya vimos cómo es precisamente el pecado lo que le da a la muerte su poder y su vigencia. La muerte de Cristo tiene que ver con el pecado, a veces en pasajes que presentan cierta dificultad, como el que afirma: “Porque en cuanto murió, al pecado murió una vez por todas” (Romanos 6:10), en donde no es fácil, a primera vista, entender qué pueda significar que Cristo muriera al pecado. Halla explicación este texto en otro que sigue la misma línea de pensamiento: “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado” (2.a Corintios 5:21), lo cual quiere indicar que en su muerte Cristo se hizo uno con los pecadores, se identificó con ellos⁴⁴, llevando su pecado para que el pecado pudiera ser quitado a ellos. Estos pasajes podrían también interpretarse en sentido más general -pero menos obvio-, dando a

⁴³ Esta palabra aparece 129 veces, de las cuales, 42 hablan de Cristo resucitado de entre los muertos, 27 de los creyentes que resucitan, 8 de milagrosas resurrecciones de entre los muertos, y 3 del fin de Juan el Bautista, mientras que el resto, en buena proporción, tiene que ver con la vida de alguna manera, como, por ejemplo, en Romanos 6:11, 13; Hechos 10:42; Apocalipsis 14:13, etc.

⁴⁴ “El hombre pecador no puede ser salvo de su pecado más que por Uno que comparta la experiencia de los resultados del pecado, pero que, al mismo tiempo, sea él sin pecado” (C. Ryder Smith, *The Bible Doctrine of Salvation*, p. 214).

entender que la muerte de Cristo de alguna manera tenía que ver con el pecado. De todas formas, queda claro que mediante su muerte Cristo ha tocado a fondo el problema del pecado. Es quizás el mismo pensamiento el que hallamos en Hebreos 2:9: “para que por la gracia de Dios gustase la muerte por todos”; el mismo pensamiento aparece unos versículos después: Cristo tuvo que hacerse hombre, “para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, el diablo” (v. 14). Tales expresiones explican diáfananamente que la muerte de Cristo ha sido el instrumento para liberar a los hombres de la esfera de muerte en que se hallan⁴⁵.

A1 llegar a este punto hemos de salir al paso de algunos malentendidos que suelen producirse a veces. Como cuando H. L. Goudge, por ejemplo, escribe que “lo que primordialmente hace de la muerte de Cristo algo de valor para nosotros es, seguramente, que porque él dio su vida en el Calvario ahora la puede impartir a nosotros⁴⁶. Mientras que, por un lado, no deseáramos minimizar el hecho de que el don de la vida nos lo ofrece el Señor, es innecesario, por otra parte, despreciar, o echar en olvido, la parte importante que la muerte de Cristo jugó en todo ello. J. K. Mozley discierne con mucha más perspicacia cuando dice: “No es cierto que el Nuevo Testamento hable de la muerte de Cristo con muchas votes sin armónico concierto. Todo lo contrario, hay un pensamiento que aparece constantemente: la muerte es la respuesta de Dios tanto al pecado como a la solución del mismo. Al verter Cristo su sangre Para remisión de los pecados, siendo el que al mismo tiempo los lleva y soporta; al ser hecho pecado, al vencer sobre el pecado, al echarlo de sí, somos transportados al centro moral del universo en donde se manifiesta la suprema justicia de Dios y Dios mismo justifica al pecador y se justifica a si mismo eternamente”⁴⁷.

En Romanos 6:7 se sienta un principio: “el que ha muerto, ha sido justificado del pecado”. No es obvio inmediatamente el significado de este versícula”, pero la palabra “*dedikaiotai*” es esencialmente un término legal y acaso la explicación de Sanday y Headlam nos dé su sentido: “un hombre muerto ya no debe nada, las exigencias del pecado sobre él ya no tienen fuerza”⁴⁸. Nada puede demandarse a quien ha dejado esta vida.

Parece como si, de alguna manera, la muerte efectuara la remisión⁴⁹. Así, tenemos pasajes como Génesis 2:17; Romanos 6:23 que consideran la muerte como el castigo penal por el pecado, pero generalmente allí donde la condena ha sido sufrida no parece haber ya más lugar

⁴⁵ Cf. C. S. Lewis: “La muerte es, de hecho, lo que alguna gente de nuestra época denomina “ambivalente”. Es la gran arma de Satán y también el gran instrumento de Dios: es santa y profana; nuestra suprema desgracia y nuestra única esperanza, lo que Cristo vino a conquistar y el medio por el cual El conquistó” (*Miracles*, p. 151).

⁴⁶ *Sin and Redemption*, p. 48.

⁴⁷ *The Heart of the Gospel*, p. 38.

⁴⁸ *In loc.*

⁴⁹ Cf. James Denney: “No fue decisión arbitraria de Dios el hacer la muerte de Cristo “*ilasterion*” (propiciatorio -Hebreos 9:5-); constituyó la relación esencial de toda la experiencia humana, de la muerte y del pecado. Cristo murió por nuestros pecados, porque es en la muerte que el juicio divino sobre el pecado encuentra expresión final, Mas si ponemos la ley y la necesidad fuera de la relación que media entre la muerte de Cristo y nuestro pecado, entonces hacemos imposible el poder pensar siquiera en este tema; podemos usar palabras en relación con el mismo, pero se tratará de palabras que habrán perdido todo significado” (*The Death of Christ*, 1951, Ed., p. 102).

para acusación. En Hebreos 9:22 hallamos un principio: “sin derramamiento de sangre no se hace remisión”⁵⁰. La muerte nos señala la muerte no es, pues, solamente un mal, es, asimismo, un medio para expiar el pecado⁵¹.

Pero la muerte del pecador no puede expiar sus pecados ni los de los demás. Sin embargo, la muerte del Hijo del Hombre sí tiene este poder. De ahí la invitación evangélica a participar de la muerte del Salvador. De ahí que al creyente se le vincule estrechamente con Cristo en su muerte: “si uno murió por todos, luego todos murieron” (2ª Corintios 5:14). “Todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte” (Romanos 6:4; Colosenses 2:12); “fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte” (Romanos 6:5); “nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado” (Romanos 6:6 y también Gálatas 2:20: “Con Cristo estoy juntamente crucificado”); “morimos con Cristo” (Romanos 6:8). En Filipenses 3:10 tenemos una referencia a nuestra participación en sus “sufrimientos, llegando a ser semejantes a él en su muerte”; esta participación y esta semejanza sólo tienen valor en tanto que nos vinculan y nos unen con el Sacrificio único, Cristo, y de ahí que sea palabra fiel la que afirma que “si somos muertos con él, también viviremos con él” (2ª Timoteo 2:11).

El creyente puede decir que la muerte de Cristo es su muerte, y también que ha muerto en su Salvador y Señor.

La muerte de Cristo aparece, pues, como un gran campo de batalla donde asistimos a la lucha entre Dios, por un lado, y el pecado, la muerte y todos los poderes del mal, por el otro. Si bien el Nuevo Testamento no da una detallada explicación del conflicto, enseña claramente que en su muerte Cristo estaba dando guerra sin cuartel a la muerte. Por medio de la muerte venció sobre ella, y todos cuantos se hallan unidos a él por una fe viva se hallan asimismo asociados a él en su muerte, de manera que lo que consiguió esta muerte lo consiguió para ellos. Esto nos lleva a la próxima sección, en donde consideraremos la victoria.

⁵⁰ En “J.T.S.” octubre 1952, he aportado razones para pensar que en la Biblia la sangre que la vida.

⁵¹ E. A. Knox halla muy extendida esta idea: “Además, no sólo en el Antiguo Testamento, sino entre muy diversos sectores de la raza humana, la conciencia de que existe una relación activa entre el pecado y la muerte. Se admite la muerte como una señal de la repulsa divina: la sangre derramada clama al cielo por venganza, y por la venganza, o por algún otro medio, debe restaurarse la paz. Hallamos también la aceptación de medios de expiación y de códigos edificadas sobre teorías de expiación. La muerte no es sólo un sacramento del pecado, se halla relacionada en la conciencia humana con la redención del pecado” (*Glad Tidings of Reconciliation*, p. 144).

IV

LA DERROTA DEL ENEMIGO

“Sabido que Cristo, habiendo resucitado de los muertos, ya no muere; la muerte no se enseñoreará más de él” (Romanos 6:9).

Esta es la base del triunfo del hombre sobre la muerte, ese tirano que ejerce hegemonía sobre toda la raza y del que no podemos librarnos hagamos lo que hagamos. Pero la resurrección de nuestro Señor constituye el más grande acontecimiento en torno al cual el Nuevo Testamento parece girar, por cuanto señala la victoria completa sobre el enemigo. Murió como todos los hombres mueren, pero al tercer día resucitó triunfante sobre todos los poderes de la muerte y el infierno. Como reza el himno:

*“La muerte no pudo detener su presa,
Jesús, mi Salvador;
puesto que él rompió las rejas,
Jesús, mi Señor.”*

Todo el Nuevo Testamento se estremece de gozo por esta victoria del Mesías. La muerte ha perdido su dominio soberano. Esto queda reflejado en algunos de los títulos que se le dan al Vencedor, tales como “Príncipe de Vida” (Hechos 3:15), “Señor de vivos y muertos” (Romanos 14:9), “ Juez de vivos y muertos” (Hechos 10:42), “La Palabra de Vida” (1ª Juan 1:1), y en afirmaciones sorprendentes tales como: “en él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres” (Juan 1:4) ; “como el Padre tiene vida en sí mismo, así dio al Hijo que tuviera vida en sí mismo” (Juan 5:26); “la vida fue manifestada” (Juan 1:2).

Así como Cristo es él mismo la vida (Juan 14:6), así también él es la fuente de vida para su pueblo. Es cierto que la muerte, finalmente, será destruida (1ª Corintios 15:16; Apocalipsis 21:4), y Pablo puede prorrumpir por ello en un cántico de triunfo: “Y cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción, y esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: “Sorbida es la muerte en victoria. ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, lo victoria? Ya que el aguijón de la muerte es el pecado, y el poder del pecado, la ley. Mas gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo” (1ª Corintios 15:54-57). La muerte perdió su terror para el creyente y esta seguridad se basa en la obra salvadora de Cristo. Por dos veces se nos asegura que la “segunda muerte” no tiene poder sobre el creyente (Apocalipsis 2:11; 20:6), y otra vez aún el vidente de Patmos cita las siguientes palabras de Cristo mismo: “-Yo soy el primero y el último; y el que vivo, y estuve muerto; mas he aquí que “Yo tengo las llaves de la muerte y del Hades” (Apocalipsis 1: 17, 18).

Forma parte integrante de su triunfo en la resurrección no sólo el haber roto las prisiones de la muerte sino el haberse posesionado de las llaves de dicha mansión, de manera que los suyos ya no pueden estar por más tiempo encarcelados.

Esto se hace todavía más de relieve en la insistencia bíblica de que la vida eterna no ha de ser entendida en términos de simple supervivencia del alma, sino también en la resurrección del cuerpo.

Si tienen razón los que afirman que la muerte física se relaciona con el pecado, siendo a la vez su símbolo y su castigo, entonces resulta lógico que los efectos de la muerte física sean cancelados por medio de la victoria obtenida por Cristo. No significa esto que el cuerpo de resurrección sea idéntico con el cuerpo que murió: “se siembra cuerpo animal, resucitará cuerpo espiritual” (1ª Corintios 15:44), pero equivale a una fuerte afirmación de lo absoluto del triunfo de Cristo en todos los órdenes y sobre todas las fuerzas de la muerte.

De ahí esta nota de tranquila seguridad que se desprende de las páginas del Nuevo Testamento. Es cierto que, no obstante, los creyentes deben todavía vivir en su carne y dentro de la esfera que es propia a la muerte; su existencia física forma parte del destino común del hombre -el creyente no deja de ser hombre por ello- que está sellado con el sello de la muerte. Pero hay para él la seguridad y el gozo cierto de que la última palabra no será la pronunciada por la muerte, sino la que pronunció Cristo en su muerte como Conquistador del sepulcro, y tanto si vive como si muere el cristiano puede descansar en aquél que es la resurrección y la vida.

Pero aunque los creyentes no conocerán el pleno significado de la victoria sobre la muerte hasta que lo experimenten por sí mismos al traspasar el otro lado de la playa de la eternidad, ya ahora, no obstante, y aquí, pueden empezar a vivir la experiencia del triunfo sobre la muerte. Cristo ha anulado la muerte y ha sacado a luz la vida y la inmortalidad por el evangelio (2ª Timoteo 1:10); por esta razón, el creyente ha pasado de la muerte a la vida (1ª Juan 3:14), se ve libre de la ley del pecado y la muerte (Romanos 8:2), la muerte no puede separarlo de Dios (Romanos 8:38, 39), y la respuesta que da a la pregunta: “¡Miserable de mí!, ¿quién me librará de este cuerpo de muerte?”, no puede ser otra que ésta: “Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro” (Romanos 7:24, 25). En un pasaje de alto vuelo lírico, Pablo puede afirmar que la muerte pertenece a los cristianos (1.ª Corintios 3:21, 22), y aunque no sería legítimo forzar demasiado el lenguaje, sin embargo es un hecho que todo el Nuevo Testamento enseña que los creyentes no tienen nada que temer de la muerte. La victoria obtenida por el Salvador ha cambiado tan radicalmente la situación que los cristianos -al ser hechos partícipes de esa victoria- pueden considerarse en un sentido superiores a la misma muerte. Porque, ciertamente, ya no están sujetos a su tiranía.

Uno de los grandes temas de los escritos del apóstol Juan es el que concierne a la vida; y podemos observar que cuando este autor inspirado habla de la muerte como la suerte de los pecadores, su énfasis opuesto en la vida implica siempre la derrota de la muerte. Así, cuando en su Evangelio (Juan 5:24) nos transmite las palabras de Jesús: “El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida”, lo que el evangelista quiere que entendamos es que si bien los hombres vivimos esta vida bajo el imperio de la muerte -siendo incapaces de romper el yugo de este tirano-, sin embargo, en Cristo, toda esta situación ha quedado tan alterada que ahora el creyente puede afirmar ya que ha pasado de la muerte a la vida. Porque no se encuentra ya bajo la hegemonía del poder de las tinieblas. El uso del tiempo perfecto en este texto es muy interesante, ya que el versículo está colocado en un contexto que trata del juicio final y tanto antes como después de las palabras citadas encontramos referencias al Hijo de Dios en su calidad de juez. En cada contexto sería natural pensar en la

victoria sobre la muerte como algo ligado a la resurrección final de los creyentes, al final de la historia del mundo y en los albores de una nueva época. Pero el versículo que hemos citado expresa un pensamiento mucho más profundo: la muerte ha sido derrotada ya antes de este día final, mucho antes. Y ello hasta tal punto es verdad que desde el instante mismo en que una persona cree, desde este mismo momento entra a participar de la vida y deja de ser esclava de la muerte.

Hay también varios pasajes en los escritos de Juan que nos aseguran que ciertos hombres nunca morirán. Jesús, por ejemplo, dijo: “el que guarda mi palabra nunca verá la muerte” (Juan 8:51); “yo soy el pan de vida que descendió del cielo; si alguno comiere de este pan, vivirá para siempre” (Juan 6:51). Es imposible pensar que Jesús o Juan entendiesen tales palabras como referidas únicamente a la muerte física; el pensamiento evidente de las mismas es que el creyente ha entrado a vivir en una nueva existencia como resultado de la obra de Cristo realizada en su favor. Ya no está más sujeto al enemigo, la muerte. Su liberación es real, hecha efectiva para siempre. Que la muerte física ni merece consideración en este contexto de pensamientos sobre la vida, se desprende de las palabras de Jesús a Marta: “Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá” (Juan 11:25 y ss.). Comprobamos en estas palabras que el creyente, como los demás seres humanos, sufrirá la muerte biológica, pero éste no es el punto principal. No morirá jamás en el sentido verdaderamente importante y trascendente, porque el que cree en Cristo ha empezado a vivir una nueva vida en la que la muerte no tiene parte. En Juan 8:21, Jesús se refiere a los que mueren “en pecado”, he ahí lo que verdaderamente es horrible. Pero en el v. 24 el creyente queda excluido del número de los que mueren en pecado. Cristo libera a los hombres de la muerte relacionada principalmente con el pecado.

Tan cierto se halla Juan al escribir su primera carta, de esta liberación de la muerte, que se halla dispuesto a ofrecer una prueba del hecho de que, realmente, ha tenido lugar: “Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos” (1.a Juan 3:14). En un mundo dominado por la muerte, las preocupaciones corrientes del hombre tienen que ver con toda clase de cosas que hacen imposible la eclosión de esta calidad de vida que es característica de la actitud cristiana: el amor. O para decirlo de otra manera, la existencia de un cuerpo como el de la Iglesia cristiana, cuerpo unido por los lazos del amor, sería imposible dentro de la esfera de la muerte. La misma existencia de este cuerpo es una prueba clara de que sus miembros han pasado de la muerte a la vida, -a la vida que verdaderamente es tal. Hemos, pues, de tener en cuenta que el uso del tiempo perfecto en estos pasajes de Juan adquiere su más profundo sentido en la intención que tiene de expresar el resultado permanente de una experiencia pasada, es decir: el valor perenne del sacrificio de la cruz y la victoria de la resurrección.

No es distinto el pensamiento de 2ª Timoteo 1:10: “Jesucristo quitó la muerte y sacó a luz la vida y la inmortalidad por el evangelio.” La derrota de la muerte y la eclosión de la vida aparecen en este texto íntimamente unidas al “evangelio”. Este evangelio es la proclamación de lo que Cristo ha hecho en la cruz por el pecador. Por medio de la obra expiatoria del Salvador ha sido posible la victoria sobre la muerte.

Sería útil citar también el texto de Santiago 5:20: “el que haga volver al pecador del error de su camino, salvará de muerte un alma”, donde la muerte, de nuevo, aparece como consecuencia del pecado y de la cual el hombre se ve libre por su conversión. Esta afirmación de Santiago

tiene su importancia, pues demuestra que el pensamiento teológico que ve en la obra de Cristo la génesis del poder que libera de la muerte y de su esfera de corrupción no se limita a Pablo o Juan, sino que formaba parte del conjunto de enseñanzas aceptadas corrientemente por todos los cristianos primitivos tocante al camino de salvación.

Observemos, finalmente, que la victoria cristiana sobre la muerte, con su consecuencia de vida plena y abundante, resalta al ser comparada con otros sistemas. Pablo, por ejemplo, escribiendo a los Corintios, les dice que no tienen necesidad de presentar cartas de recomendación, con lo cual seguramente estaba pensando en algunos que consideraban el Judaísmo (no meramente la revelación del Antiguo Testamento, sino el conjunto de prácticas y creencias conocidas con este nombre) como una religión tan importante que la tenían por parte integrante del cristianismo. Pablo sale al paso de esta situación recordando a sus lectores que Dios le ha hecho ministro suficiente de un nuevo pacto, inherentemente superior al Judaísmo, por ser “no de la letra, sino del Espíritu”, porque la letra mata, pero el Espíritu vivifica; luego pasa a describir la característica del antiguo pacto como “ministerio de muerte” (2ª Corintios 3:6, 7). Lo más alto, lo más profundo, lo mejor que vio el mundo antes del Cristianismo, aquello en que era dable ver la mano de Dios, tal como Pablo la discernía⁵², al ser contrastado con el Evangelio no podía tildarse más que como “ministerio de muerte”⁵³. Esta opinión que vino a merecerle a Pablo el credo en el que había sido educado, nos revela hasta qué punto estimaba el poder vivificador del mensaje de Cristo, el único capaz de dar vida. Y también el único que podía destrozarse el imperio de la muerte.

Será bueno también estudiar la actitud del apóstol con lo mejor del paganismo de su tiempo al compararlo con la singularidad del Evangelio cristiano. En 2ª Corintios 7:10 Pablo escribe: “La tristeza que según Dios produce arrepentimiento para salvación, de que no hay que arrepentirse; pero la tristeza del mundo produce muerte.” El apóstol trata aquí del verdadero arrepentimiento, o lo que es lo mismo: la verdadera actitud frente al pecado, la que lleva a la contrición y el pesar, “la tristeza según Dios” que produce “arrepentimiento para salvación”. Pero -aclara- hay otra manera de sentir este pesar que no es contrición: la “tristeza del mundo” que “produce muerte”. El pagano, el incrédulo, el indiferente, puede alcanzar un estado de discernimiento tal que se dé cuenta del mal que ha hecho, pero, con todo, si no es “la tristeza según Dios”, sino “la tristeza del mundo”, no puede alcanzar el “arrepentimiento para salvación”. Lo mejor que sabe sentir es el remordimiento, pero éste desemboca fatalmente en la muerte. No hay poder salvador en el remordimiento puro y simple, es menester el arrepentimiento “según Dios”⁵⁴.

⁵² “La ley a la verdad es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno” (Romanos 7:12).

⁵³ Cf. Bultmann: “servir a la Torah conduce necesariamente a la muerte” (*The Theology of the New Testament*, i. 247).

⁵⁴ Recordemos este principio bíblico frente a todos los fáciles y superficiales irenismos contemporáneos.

V CONCLUSIÓN

Existen otros pasajes del Nuevo Testamento que tratan de la muerte, por ejemplo aquellos que hablan del creyente como “muriendo con Cristo”, o aquellos que le invitan a considerarse muerto al pecado. Pero estos textos pertenecen a otra sección de la teología cristiana y, por consiguiente, podemos prescindir de ellos en el presente trabajo.

Lo que se desprende con toda claridad del estudio de los documentos del Nuevo Testamento que acabamos de hacer es el hecho de que la muerte se considera como algo completamente antinatural, extraño, horrible, como un enemigo. No se trata simplemente de un acontecimiento, sino de un estado, y está relacionado muy estrechamente con el pecado. Pero la enseñanza primordial e importante del Nuevo Testamento no es que la muerte sea un mal, o que el hombre no la pueda vencer, sino que la muerte ha sido decisivamente derrotada por el sacrificio del Salvador, «el cual quitó la muerte y sacó a luz la vida y la inmortalidad por el evangelio» (2ª Timoteo 1:10). Sobre este hecho descansa nuestra esperanza.
